

Celebrando un centenario: (1855 - 1955)

El Padre José Trinidad Reyes y sus pastorelas

Alfonso Ma. Landarech, S. J.

El 20 de setiembre próximo se conmemora el Centenario de la muerte del Presbítero Fray Juan José de la Trinidad Reyes Sevilla, fundador de la Universidad de Honduras y conocido en el campo de las Letras Centro-americanas por sus pastorelas y villancicos.

Dinámico y talentoso, después de una labor cultural ingente, fallecía a las 10 de la mañana del día 20 de setiembre de 1855, al cumplir exactamente los 58 años de edad, 8 meses y 5 horas. Amortajado con el hábito de San Pedro fue conducido su cadáver a la Catedral Metropolitana de Tegucigalpa, y allí está sepultado, al lado izquierdo del presbiterio, cerca del altar mayor.

Honduras se prepara a rendirle su tributo y los periódicos nos traen incesantemente detalles del homenaje múltiple que se le piensa dedicar.

Nació el Padre Reyes en Tegucigalpa, capital de la República de Honduras, el día 11 de junio de 1797, domingo, fiesta de la Santísima Trinidad. De ahí su nombre.

Los biógrafos contemporáneos nos lo pintan como el prototipo del mestizo: mediano de estatura, cuerpo robusto, cabeza grande y no muy amplia frente, ojos saltones cubiertos por cejas pobladas que forman un largo arco negro, labios gruesos y protuberantes y rostro de color trigueño que dibujan una sonrisa mitad benévola, mitad burlona.

De su padre hereda las aptitudes musicales y de su madre la bondad de su carácter. Ellos toman para sí el cargo de instruirle en la virtud y en el arte de la música, confiando lo demás a las Sritas. Gómez, maestras buenas que le enseñan las primeras letras.

Allá por los años 1812 aprende latinidad con el mercedario Fr. Juan de Altamirano. En enero de 1815 pasa al Colegio de San Román de León (Nicaragua) que ya para entonces, por Real Cédula de 18 de agosto de 1806, tenía, además de las cátedras de Gramática y Moral, las de Sagrada Escritura, Teología, Filosofía, Medicina y ambos Derechos y estaba autorizado para conferir grados menores.

Por ese tiempo obtiene el título de Bachiller en Artes (Filosofía), Teología y Derecho. Recibe las Ordenes Menores el 1819 d manos del Sr. Obispo García Xerez y al año siguiente (31 de octubre de 1820), habiendo fallado su vocación sacerdotal seglar, ingresa en la Orden Franciscana, tomando el hábito en el Colegio de Misioneros de Propaganda Fide de San Juan Bautista. Allí se ordena de Subdiácono el año 1821, y de Diácono y Presbítero el 22.

La destructora y horrible anarquía que se desencaderó en el Estado de Nicaragua en el año de 1824 obligó a Reyes y a sus compañeros de religión a emigrar de su país.

Por octubre de ese mismo año probablemente, el P. Reyes es destinado a las reducciones de indios. El año 1826 llega a Guatemala y allí se dedica al estudio y a la enseñanza.

Es un rasgo curioso el que no se haya podido todavía averiguar por qué al volver ese mismo año a Comayagüela no lo recibieran en su convento los franciscanos y se tuviera que instalar en el desocupado convento de Nuestra Señora de las Mercedes, que había de ser su morada habitual hasta su muerte.

El año 31 debía expirar su licencia para seguir fuera de su convento, mas la revolución del 29 acabó con todos los Institutos Religiosos, y Reyes en fuerza de un decreto de Morazán del 3 de noviembre de 1829 tuvo que quedar secularizado.

Párrafo aparte merece la fundación de la Universidad.

Al P. Reyes corresponde la honra de haber sido el fundador de la Universidad Nacional, pues a su iniciativa se debió su planeamiento y realización. El también fué el autor de sus estatutos que han regido, y, con pequeñas modificaciones aún rigen en nuestros días.

El 19 de setiembre de 1847, en la Iglesia de San Francisco de la ciudad de Tegucigalpa, se inauguraba solemnemente la Universidad de Honduras habiendo presidido el acto el Jefe del Estado Dr. Don Juan Lindo y el Sr. Obispo Don Francisco de Paula Campoy y Pérez.

Ese día memorable pronunciaba su discurso de estilo, que hoy podemos leer, su primer Rector, el Presbítero y Dr. José Trinidad Reyes.⁽¹⁾

Mucho más pudiera decirse de la fundación de esta Universidad que al principio se llamó la "Sociedad del progreso y buen gusto" y luego "Academia literaria de Tegucigalpa". Pero preferimos dejarlo para otro artículo.

Porque es de notar, que no solamente en Honduras cabe la gloria de haber sido el fundador de la Universidad, al benemérito de las Letras Pbro. José Trinidad Reyes, es decir a un sacerdote, sino que en las otras parcelas del Istmo Centroamericano nos encontramos también con un fenómeno parecido, para gloria de la Iglesia y de su clero.

En El Salvador debemos la iniciativa del primer centro de cultura a los sacerdotes Antonio José Cañas, Isidro Menéndez y Narciso Monterrey.

(1) Dr. Ramón Rosas. Boletín del Distrito Central, año VII, números 107-112, p. 106.

Fue en la Asamblea Constituyente de 1841, en la que tuvo asiento el Presbítero Narciso Monterrey, cuando se gestionó la ejecución de su obra. Y el 16 de octubre de ese mismo año se inauguraba la Universidad con el nombre de "Colegio de la Asunción" en el viejo y destartalado convento de San Francisco.

Su primer Rector fué el Pbro. Don José Crisanto Salazar hasta el año 1842, fecha en que le sucedió Don Narciso Monterrey, ambos sacerdotes ejemplares y de notoria ilustración.⁽¹⁾

De la misma manera en Guatemala, la célebre Universidad de San Carlos, y en Nicaragua la de León, tuvieron el mismo origen eclesiástico. La primera se fundó por Real Cédula expedida por Carlos II, el 31 de febrero de 1676, y la de León por Real Cédula de Carlos IV, el 10 de enero de 1812. En Guatemala, en virtud del Decreto Real de su fundación, el Colegio de Santo Tomás que funcionaba en el Convento de Santo Domingo, se transformó en Universidad, ordenándose colocar en el edificio las armas de la Corona.

Inició sus labores dos años más tarde (1678) con las siguientes cátedras: Derecho Civil, Derecho Canónico, Teología Dogmática, Teología Moral y dos de Lenguas Indígenas, con profesores interinos y 70 estudiantes, siendo su primer Rector Don José de Baños y Sotomayor. Pero el verdadero reformador de los estudios universitarios fue un franciscano, Fr. Antonio de Liendo y Goicoechea, natural de Cartago (Costa Rica), que introdujo los estudios de Medicina, Física y Química. La reforma fue secundada por dos ilustres sacerdotes: los doctores José Simeón Cañas (salvadoreño) y Antonio Alcayaga (guatemalteco).

La Universidad de León influyó muchísimo en el desenvolvimiento cultural de Nicaragua y Costa Rica, pues de ella salieron egresados el sabio nicaragüense Don Miguel Larreynaga, el expresidente costarricense D. Braulio Carrillo y el P. José Trinidad Reyes que nos ocupa en este estudio.⁽²⁾

También Costa Rica, como dice admirablemente el Papa Pío XII en el Mensaje enviado a los católicos de esta nación con ocasión de la clausura de su Segundo Congreso Eucarístico Nacional celebrado en Abril de este año: "No olvida nunca lo que debe al que fue fundador de su futura Universidad, el Prelado Nicolás García".⁽³⁾

Y por fin del mismo modo en Panamá cabe la gloria al ilustrísimo Prelado Francisco Javier Luna de haber fundado la Universidad.

En la vida del P. Reyes lo que más nos puede interesar es sin duda su labor como fundador y alma de la Universidad que acabamos de reseñar, y su bien fundamentada fama de literato y músico a la vez.

Con esta doble cualidad de su persona, compuso nueve pastorelas, dos misas a la Santísima Virgen, seis villancicos, doce cantos al Santísimo, tres a la Virgen, un Viacrucis, dos composiciones fúnebres y tres arias: una al Santísimo y dos a la Virgen.

(1) Santiago Malaina. La Compañía de Jesús en El Salvador, C. A., desde 1864 a 1872. Revista del Departamento de Historia, págs. 9 y siguientes.

(2) Lardé y Larín. Historia de América Central, p. 28.

(3) Mensaje de Su Santidad Pío XII a Costa Rica, 1955, Ecclesia 1955, I. 368.

Naturalmente hablamos de lo que se conserva, porque nos consta que compuso además otros muchos motetes, salves, alabados, responsos, tedeums, y toda clase de cánticos religiosos, que andan desperdigados por las distintas iglesias sin coleccionar.

Pero lo que le ha dado fama y puesto relevante en las Letras de Centroamérica son sus celebradas pastorelas. Todavía se representan estas composiciones de Navidad, no solamente en Honduras, sino en otros muchos lugares del Istmo Centroamericano, con gran beneplácito del pueblo sencillo que acude a presenciarlas en las Fiestas Navideñas.

Pastorela, del italiano "pastorella", se llamó al canto alegre y sencillo que usan los pastores. De ahí se vino a apellidar pastorela a la dramatización del diálogo entre pastores, en que juegan papel importante las tonadas pastoriles al son de la flauta y del pandero.

Estas dramatizaciones ya existían en el siglo XIII, en forma de simples escenas dialogadas entre pastores; y no otra cosa son al fin y al cabo las églogas de un Garcilaso de la Vega, el émulo imitador de Teócrito y de Virgilio.

El francés Adan de Halle escribió también —y quizá sea la primera de todas en sentido estricto— una verdadera pastorela, o drama de pastores que tituló "Jeu de Robin et Marion", que vienen a ser nuestro Salicio y Nemeroso de las inmortales églogas de Garcilaso.

Pero en todas estas obras todavía no aparece el tema religioso y menos el del nacimiento de Jesucristo. Esto vino después, casi en la Edad de Oro de la Literatura Española con el desglosamiento del diálogo de los pastores en forma principal y dramática. Los grandes dramaturgos del Siglo de Oro Español sí llegaron a interesarse por este género pastoril, y así nos hallamos con verdaderas pastorelas debidas a las inmortales plumas de un Lope, un Calderón o un Tirso de Molina.

Pero en el sentido que ahora damos a la pastorela, representación de Navidad compuesta de drama y canto —melodrama lo pudiéramos llamar— y cuyos personajes son todos pastores, bien pudiera tenerse por fundador del género al P. José Trinidad Reyes. Es fácil que los villancicos, género en el que es especialista también el P. Reyes, unidos a la idea de la adoración de los pastores al Niño de Belén, sean los que le hayan suscitado el empleo de la música en estos dramas religiosos de forma y tonada pastoril. De todos modos esta forma definitiva y netamente centroamericana se debe al Padre Reyes.

En las "Lecciones de Retórica" del conocido literato Francisco Castañeda, que tanto tiempo han servido de texto a nuestras juventudes, al hablar de los géneros dramáticos, se define así la pastorela:

"La **pastoral** o **pastorela**, como generalmente se llama, es también de cortas dimensiones y en ella intervienen tan sólo personajes de Iglesia (Los pastores no son personajes de Iglesia), para celebrar o explicar sucesos relacionados con ésta (Mejor sería decir con el Nacimiento de Jesucristo). En Centroamérica son renombradas las **pastorales** o **pastorelas** del Padre José Trinidad Reyes, las cuales, en su época, ejercieron gran influencia en la sociedad hondureña, a que pertenecía aquel ilustre sacerdote".⁽¹⁾

(1) Francisco Castañeda, *Lecciones de Retórica o Literatura Preceptiva*. Pág. 289, Quinta Edición, 1928.

Las pastorelas que se conservan del P. Reyes son nueve: Olimpia, Noemí, Nicol, Neftalia, Zelfa, Rubenia, Elisa, Albano, Flora o la Pastorela del Diablo.

El año 1905 el Dr. Rómulo E. Durón publicó las ocho primeras, omitiendo la última, porque por las diversas variaciones que había notado, al pasar de mano en mano, no la creyó de la mente y pluma del P. Reyes.

Nosotros estudiaremos tan sólo "Olimpia", por ser quizás la más popular de todas y sobre todo por creerlas muy semejantes en el asunto y factura, dentro naturalmente de la variedad de temas y de tonadas.

Se asegura que durante una guerra civil de Honduras, no creyéndose seguro el P. Reyes en Tegucigalpa, amenazada de los revolucionarios, se refugió en el cercano pueblecito de Soragura, en donde compuso esta preciosa pastorela, dedicándola a una señorita de apellido Borjas.

Se representó por primera vez en Tegucigalpa en 1855, es decir el mismo año de su muerte. Se la creyó por algún tiempo perdida, pero después de varios años, cuando el Dr. Rómulo E. Durón había ya publicado las demás pastorelas por él restauradas, le fue facilitada por la Srta. Concepción Vega esta obra en borrador, escrita de pluma y letra del Padre Reyes.

La música que puso a las pastorelas el P. Reyes, por desgracia, está casi toda perdida. Nos consta que él no sólo hacía el libreto, sino también la partitura, a no ser en casos raros, que, por premura de tiempo, la encargaba a un músico.

Después de muerto se acudió a la difícil tarea de reproducir las tonadas, recogiéndolas de memoria de algunas damas que habían tomado parte en la representación de las pastorelas. Eso pensamos que ocurrió con los profesores de música D. Miguel y D. Felipe Ugarte que reproducen el original, y a través de cuyas copias creemos, si no conocer, al menos adivinar la música auténtica del P. Trino.

En general la música con que se cantan ahora las pastorelas es música de zarzuela, música que se pega al oído, que gusta al público que sale de la función tarareándola.

La de "Olimpia" es quizá la más pegajosa, la más movida, la más apropiada a la letra y por ende la más bonita. Hay tonadas, como la segunda, con un duo precioso que se quedan a la primera. Usa generalmente el compás de $\frac{3}{4}$ y se ve que le gustan las escalas cromáticas de medios tonos ascendentes o descendentes. Los solos líricos, dúos y coros de pastores le dan variedad. Por lo demás la música de las pastorelas no tiene mérito especial. Basta que se acomode bien la música a la letra y eso lo consigue siempre el Padre Reyes.

Como una muestra de la variedad de tonadas daremos las relativas a "Olimpia".

La primera es un solo de Isabela con música de D. Felipe Ugarte.

La segunda del mismo autor un coro de pastoras que dan la bienvenida a Olimpia.

La tercera la cantan Isabela y Rutilia.

La cuarta la forman un dúo y coro.

La quinta no hay duda que es toda del P. Reyes y es la más típica. Consiste en una repetición con distintas letras del

“¿Cuándo llegará este cuándo,
que mi corazón desea,
de que en el portal me vea,
por siempre al Niño adorando?”

Y van alternando otros dichos de los pastores seguidos de este mismo estribillo.

La sexta es un adiós al portal cantado por todos. Como todo adiós es sentimental y muy apropiado para dejar buen sabor de boca al final.

El argumento de “Olimpia” es bien sencillo como el de todas las demás pastorelas. Unos pastores esperan a Olimpia, una pastora que se supone criada por Santa Isabel. Al ir un día a visitarla y pasar una temporada con su antigua señora, ésta le cuenta lo relativo al nacimiento del Niño y la confirmación con el milagro de San Juan Bautista. A su regreso a su vida de pastora le hacen una fiesta en su cabaña y les cuenta la nueva. Se detiene en la Anunciación y el canto del Magnificat. Se le aparece un ángel a otro pastor, Nicodemo, y van todos a adorar al Niño y a ofrecerle sus dones.

El canto del Magnificat lo toma íntegro de Heriberto García de Quevedo.⁽¹⁾

Y en el largo romance que recita Nicodemo se insertan a la letra unos versos del poema de Zorrilla, “María” y se continúan con otros del mismo Heriberto García de Quevedo.⁽²⁾

En todas las pastorelas, y sobre todo en esta de “Olimpia” muestra el Padre Reyes un gran conocimiento de las Sagradas Escrituras y de la historia y paisaje del pueblo judío, dando a sus obras esta circunstancia un gran sabor local. El hecho histórico, abrevado en las mejores fuentes, va desfilando cantarín y retozón en boca de uno u otro pastor.

Usa de romances largos en las ocasiones más solemnes de la representación, reminiscencia naturalmente de los autores clásicos de la Edad de Oro que se valieron los primeros de este recurso. Uno de ellos, quizá el más hermoso por su espontaneidad, es el de Absalón contando su ida al portal.⁽³⁾

Otro muy bello es el de Serafíla al narrar la llegada a Belén de la Virgen y San José y no hallar alojamiento.⁽⁴⁾

Por lo demás el lenguaje es pastoril y lleno de encantos. Hay variedad de metros y el verso corre fluido, sin tropiezos de consonantes, que no le arredran al autor. Por lo demás no tiene cosa especial. Naturalmente la música va dando el colorido mayor a estas pastorelas que tienen un encanto de sencillez que no es fácil encontrar en otros autores.

(1) Revista del Archivo y Biblioteca Nacional t. XIV, N^o XII, p. 240 y 41.

(2) O. C. p. 752, 3, 4. José Zorrilla. Otros t. 3 pñs. 112, 113.

(3) O. C. págs. 748, 9

(4) O. C. pág. 749, 50.